

RESEÑAS

Manuel Cruz. *Ser sin tiempo*. Barcelona, Herder, 2016

ESTER ASTUDILLO



La vivencia contemporánea del tiempo se ha convertido últimamente casi en *trending topic* entre los escritores de filosofía, como demuestra la multitud de títulos publicados en los últimos años que aluden al tiempo desde su mismísima portada. No es de extrañar que así sea, en la medida en que son numerosos los pensadores que coinciden en otorgar a la nueva percepción del tiempo una centralidad si no exclusiva, sí sustanciosa para dar cuenta de la vivencia generalizada de hecatombe que asalta al sujeto contemporáneo. Se trata de un angustioso colapso masivo que nos afecta, por tanto, a escala macro, a nivel de civilización - y más allá incluso, con mayor claridad cada día, a nivel planetario-, pero también a nivel micro, individualmente.

Desde que la modernidad dio paso a la llamada postmodernidad, hace ya décadas, se han venido señalando factores múltiples que han desembocado en este marasmo que constituye hoy nuestra vida cotidiana, desprovista como está de un *telos* (como señala acertadamente Cruz) y, por ende, de sentido, de misión y de propósito (entre aquellos, la tecnología y sus derivaciones ocupan un lugar destacado). Y lo que es peor, ante el paréntesis que a priori abren nuestros años de esperanza de vida, paréntesis caótico por la falta de promesa de un paraíso celestial *más allá*, el intento por restituirle al *carpe diem* medieval su valía a fin de ocluir el dolor del *final absoluto* superponiendo el gozo del *mientras tanto*, ese intento tampoco logra dibujar ningún *paraíso terrenal* convincente.

De hecho, la obcecación con que el sujeto actual busca acallar su angustia existencial sumergiéndose frenéticamente en las prácticas hedonistas y consumistas al uso precisamente explica, al menos en parte, el cambio en la percepción del tiempo de la que escribe Cruz. Prácticas, en definitiva, que en lugar de reconfortantes, placenteras y emancipadoras como las deseamos (como nos son publicitadas), capaces pues de distraernos de la conciencia de un final absoluto con la muerte y de proporcionar solaz a nuestro cuerpo antes de que le llegue el momento de corromperse y desaparecer, irónicamente generan en el sujeto mayor malestar y angustia, y acaban retroalimentando el círculo vicioso que acaba -y empieza- en el (hiper-)consumo.

La tesis de Cruz sobre cómo la vivencia del tiempo cimienta la sensación de perplejidad y azoramiento en el sujeto contemporáneo se alimenta de lo que muchos otros antes que él han descrito en cuanto a los cambios que sobre la experiencia vital ha propulsado especialmente la hipertecnología y sus nuevas potencialidades. La red y las comunicaciones instantáneas inducen la percepción de que todo ocurre simultáneamente, destruyendo las fronteras clásicas entre pasado, presente y futuro. Al mismo tiempo, todo dato está salvaguardado en la nube: los hechos quedan reducidos a algoritmos que permiten su reproductibilidad instantánea e infinita, y ello torna completamente superflua la antigua disciplina de ejercitar la memoria y de preservar recuerdos emocionales de los acontecimientos significativos de nuestras vidas. La multiplicidad de datos que nos bombardean constantemente reducen los acontecimientos a simulacros, despojados de todo significado 'real' y donde tanto la dimensión temporal como la espacial han dejado de ser relevantes: todo ocurre aquí y ahora. O su opuesto: nada ocurre en realidad, puesto que todo se reduce a imágenes en una pantalla.

El único motor funcional que pervive indemne es el mercado, cuya lógica es producir más y más aun a sabiendas de que ello no hace sino aproximar el momento del colapso planetario total, del que todos tenemos terrorífica conciencia. Pero mientras tanto, la industria continúa produciendo y los objetos deben ser consumidos antes de que sean suplantados por nuevas versiones mejoradas de sí mismos. El sujeto es espoleado a coleccionar las experiencias que los emergentes objetos de consumo supuestamente le proporcionarán, viniendo a suplir ese otro goce antiguo y ya desbancado de una vida plena y con sentido. Y debe hacerlo con diligencia, porque todo lo producido es obsoleto con inusitada prontitud. Por tanto el sujeto tiene prisa, se consuela del fracaso de una vida hipernormativizada y estéril buscando llenar el vacío de su insignificancia con el consumo de nuevos productos, prácticas y experiencias, el nuevo elixir de la felicidad. Lo viejo es aburrido, es pasado; y el pasado ya no es ni mítico, ni prometedor ni redentor. Como premio solo permanece, pues, el goce que habrá de venir, y es imperativo aprovecharlo al máximo antes de que nos sobrevenga el fin, la muerte. De ahí las prisas que nos acometen, el frenesí, el sinfín de actividades que pueblan nuestras agendas y que supuestamente mantienen a raya el vacío.

Hay una clara aceleración en el ritmo de vida del sujeto contemporáneo, angustiado por no perder el paso ante los dictados consumistas del *Zeitgeist* y por saber *aprovechar* al máximo, tal y como se le requiere, su tiempo de vida, puesto que es cuanto posee. Pero como otros antes que Cruz han señalado (Han, Baudrillard, Lypovetsky, por nombrar algunos), sería erróneo equiparar esa aceleración vital a una aceleración general en la vivencia del tiempo, tesis que algunos filósofos defendieron tiempo atrás. Más bien, tomando el testigo de aquellos otros pensadores que lo hicieron antes que él, postula Cruz que lo que ha advenido no es la aceleración sino justamente lo contrario: la ingravidez del tiempo. Ni el desgaste de la idea de progreso ni la ruptura de la linealidad de la historia advenida con la edad moderna han reinstaurado el tiempo a su antigua entidad cíclica, que tarde o temprano regresaba a su punto de partida y que hacía superfluas las prisas y toda pretensión escapista. El "cada cosa a su debido tiempo", el estoicismo de la espera, resultan hoy recetas irrisorias.

Lo que en verdad ha sucedido es que el tiempo ha sido arrancado de los pivotes que lo sujetaban a las prácticas cotidianas de nuestra vida, a los marcos de referencia en que nos movíamos: el tiempo ahora gravita sobre nuestras cabezas sin avanzar ni retroceder, deslavazado de los acontecimientos humanos y de los hitos cíclicos que antaño marcaban su cadencia, sin puntos de corte que sirvan de referencia para situarnos en él. Incluso las estaciones han perdido su valor señal, puesto que cada vez se funden más unas con otras, se acortan las distancias que las demarcaban. Además, dada la ubicuidad de la red, todo acontecimiento digno de mención es percibido como simultáneo y tiene la misma (ir)relevancia. En consecuencia, el ser ha sido igualmente expulsado del tiempo. Lo único que nos mueve a la acción como proyecto vital, motivados por un incesante desasosiego, es la necesidad de huir del sinsentido personal y global que nos envuelve, y de ahí nuestros saltos constantes de experiencia en experiencia a la zaga de un instante tranquilizador y pleno en que poder reposar y deleitarse, olvidados de la conciencia de la muerte, como se dice que les era dado hacer a los antiguos.

Vivimos sin tiempo, fuera del tiempo, en un vacío donde no hay secuencialidad, ni antes ni después, ni delante ni detrás, ni marcas que hagan explícito su paso inexorable, ni conquistas redentoras a la vista. El tiempo está extraviado y da tumbos. Es la consecuencia de que las coordenadas temporo-espaciales hayan desaparecido a resultas de la hipertecnologización del entorno, por un lado, y de la desaparición de todo proyecto colectivo, por el otro. Y también, ya ha sido dicho, de nuestro pavor ante la muerte: el sello irrefutable de que cuanto hagamos en vida acabará siendo baldío un día. La muerte es el gusano que estropea la manzana en que podría convertirse una vida íntegramente dedicada al yo, liberada ya de las antiguas servitudes para con *lo otro*. De modo que vivimos de espaldas a ella, sin rendirle el tributo que antes merecía y que no era más que una forma de reconocer los efectos del paso del tiempo por nosotros: la conciencia de su inexorabilidad y la necesidad de cultivar el recuerdo emocional de los difuntos, la memoria.

Simultáneamente, nos ha sido robada la posibilidad de inscribirnos en un proyecto colectivo, en la historia, porque la historia ha muerto también, habiendo sido despojada, por hechos aberrantes de sobras conocidos, de sus promesas de progreso, emancipación y mejora en las condiciones de vida de los hombres. Gráficamente, Cruz refiere este acontecimiento subrayando que lo que fueran las 'ruinas' durante la modernidad, aquellos restos deteriorados del pasado que cabía restaurar y conservar como icono venerable para las generaciones venideras, se han convertido en 'escombros', en basura de la que cabe deshacerse. El pasado mítico fue un engaño, y todo proyecto de futuro es un espejismo. El sujeto hoy se encuentra comprimido dentro de un efímero y resbaladizo presente, fronterizo entre un antes falaz y un después apocalíptico. Sólo le cabe huir de ese insidioso conocimiento.

Ni siquiera podemos hilar nuestra propia historia personal a modo de narración. Nos falta práctica; nos faltan recuerdos emocionales, por más que abunden los mementos digitales de momentos pasados de nuestras vidas. La disponibilidad absoluta e inmediata de la información (más exacto sería decir de *los datos*) y de los mementos personales ha acabado con la necesidad de secuenciar y con la disciplina de ejercitar la memoria. Si todo es inmediatamente disponible, ¿para qué esforzarse en

memorizar? El sujeto contemporáneo tiene memoria de pez, y ello es perfectamente congruente con la actitud generalizada de nuestra civilización ante la historia y con la persistente reconvención institucional a recordar: el llamado memorialismo.

Expulsado de todo proyecto colectivo religioso y secular, el sujeto vive volcado en su yo, en el proyecto vital de sí mismo, para el que el deterioro y la muerte son un verdadero escollo. Los marcadores del espacio y del tiempo, el antes y el después, el delante y detrás, incluso la muerte, han dejado de serle útiles porque todo está al alcance de un clic. Hemos dejado de recurrir a ellos porque son innecesarios para las nuevas formas de vida en una sociedad hipertecnologizada y narcisista. Pero justamente eso es lo que nos priva de vivir el tiempo en su secuencialidad e irreversibilidad inexorable, de acompasarnos con su cadencia y dejarlo actuar y pasar por nosotros sin resistencia. Y por supuesto de aceptarlo, al tiempo propiamente y a sus insoslayables efectos: en concreto, que envejecemos y morimos, lo cual es imprescindible para otorgarle a la vida su justo y digno valor finito. En cambio, hemos emprendido una lucha titánica contra él; deseáramos pulverizar al gusano que nos recuerda nuestra finitud, una coda que, como tantos describieran en el pasado, constituye precisamente el rasero para medir el valor de nuestras vidas.

Quizás la parte más novedosa del texto de Cruz es la final, un exordio sobre el tratamiento que merecen la historia y la memoria por parte de las instituciones a partir de todo lo descrito anteriormente sobre el cambio contemporáneo en la vivencia del tiempo y sobre el deterioro de la memoria consecutivo a la miríada de cambios socio-tecnológicos que acompañan a aquel. En cualquier caso, se trata de un texto breve y muy legible que hace hincapié en elementos clave descritos por la literatura reciente para dar cuenta de las vivencias de desorientación, extravío y sinsentido global que atañen al sujeto contemporáneo, sumiéndolo, cual ratonera, en un desasosiego desesperado.